

EL ECUMENISMO, UN LARGO CAMINO

Una Iglesia que es historia

“Cristo llama a la Iglesia peregrinante hacia una perenne reforma de la Iglesia misma que, en cuanto institución humana y terrena, siempre la necesita; de tal manera que si algunas cosas, por circunstancias especiales, en materia de costumbres o de disciplinas eclesiásticas, o también en las formas de exponer la doctrina —que debe cuidadosamente distinguirse del mismo depósito de la fe—, han decaído en cuanto a su observancia, deben ser restablecidas en tiempo oportuno recta y debidamente.

Esta reforma, pues, tiene una extraordinaria importancia ecuménica”.

(Decreto sobre Ecumenismo, n. 6).

Abiertamente el Vaticano II nos habla de renovación, de una perenne reforma. Incluso de innovaciones que respondan a las constituciones y decretos del Concilio, y a las nuevas circunstancias de los tiempos (1).

Sobra todo aspaviento. No se trata de nada original. El Vaticano II sólo nos ha recordado algo obvio y siempre esencial a la Iglesia, pero que hasta entonces mirábamos —quizás— con mirada desenfocada, o hasta de prevención.

Porque la Iglesia es también historia y, como tal, tiene que hacerse..., desarrollarse asintóticamente, acercándose cada vez más a ese punto Omega hacia donde tiende todo el universo. La Iglesia es el Cuerpo visible de Cristo que está ya entre nosotros, pero todavía no plenamente realizado. Es un Cuerpo que vive, crece y se desarrolla. De ahí que toda concepción estática de la Iglesia sólo nos lleve a un callejón sin salida: a la contemplación de un cuerpo muerto.

Pero la Iglesia no es un cadáver momificado. La Iglesia vive, existe y marcha hacia su plena realización como Cuerpo, impulsada por una fuerza centrífuga que la impele a expandirse. Al mismo tiempo, una fuerza centrípeta la anima y vivifica, unifican-

do todos sus miembros en la unidad de una sola fe y un solo Señor Jesús.

Pues bien, esta Iglesia que es historia y dinamismo, se rige por las mismas leyes que nuestro cuerpo humano, si aceptamos la comparación. Nuestro cuerpo nace y no se para ya nunca: Crece sin detenerse. Sus células bullen en continua renovación. Mueren unas y nacen otras. Mueren las viejas y gastadas, para dar paso a otras más nuevas y jóvenes. No obstante, sigue conservándose siempre la misma unidad, el mismo Cuerpo, vivificado por la misma sangre.

Si miramos —con mirada histórica— la visión ecuménica existente en tiempos del Vaticano I y Vaticano II, fácilmente observaremos que el Decreto sobre Ecumenismo es una zancada adelante. Una concepción más abierta y madura. Una célula nueva. La Iglesia ha crecido y, en este punto, sólo ha dejado morir unas relaciones verticales, estrechas y caducas, para dar paso a otras más horizontales. Hemos pasado, sin duda, de una época agresiva y de guardarse las espaldas, a otra más adulta y sin prejuicios.

Más aún, el paso gigante arrancó de Juan XXIII. Su pontificado marca la línea de demarcación. Del Vaticano I hasta él apenas existe evolución, y, aunque la Iglesia —por su dinamismo interno— seguía creciendo, sus pasos eran lentos y pequeños.

Recordemos aquella actitud con respecto a nuestros hermanos separados, que hasta hace sólo pocos años se nos enseñaba en los manuales de Teología Moral. Es ilícito —nos decían— llamar a un ministro hereje para que administre a un moribundo los auxilios

de su religión, porque con ello se le pide formalmente una acción ilícita. Y un católico —según los decretos del Santo Oficio vigentes entonces— se ha de comportar pasivamente a este respecto. Ahora bien, si sólo se le pide al ministro que vaya a ver al enfermo que quiere su visita, el asunto cambia, pero, no obstante, como hay en esto cierta cooperación próxima, sólo estaría justificado por grave necesidad (2).

En contraposición, el Directorio para la ejecución de lo que el Concilio Vaticano II ha promulgado sobre el Ecumenismo del 14 de Mayo de 1967 nos exige una actitud distinta. Activa. De colaboración:

“En los hospitales y demás instituciones similares, dirigidas por católicos, procuren sus directores avisar con tiempo a los ministros de comunidades separadas de la presencia de fieles suyos, y permitirles visitar a los enfermos y ayudarles espiritual y sacramentalmente”.

Recordemos, también de paso, el tabú que significaba para cualquier católico entrar en una Iglesia protestante y, por supuesto, participar en sus celebraciones. Tabú que el Cardenal Cushing parece arrancar de raíz, cuando el 13 de Abril de 1964 predica en la iglesia episcopaliana de Boston. El mismo Directorio antes citado nos abre nuevas perspectivas. Nos tranquiliza diciéndonos que con justa causa puede permitirse la presencia de los católicos en el culto litúrgico de los hermanos separados. Más aún, no se nos prohíbe en estos casos tomar parte activa en las respuestas, cantos y actitudes colectivas de la comunidad de que somos huéspedes.

Digamos entre paréntesis que este nuevo léxico (“huéspedes”, “ecumenismo”, “diálogo”...) nace y se estrena en el Vaticano II. El término “hermanos separados”, por ejemplo, estuvo vedado hasta Juan XXIII, —a pesar de que fue ya usado por Joaquín III, Patriarca de Constantinopla, aplicado a los católicos latinos, en su Encíclica del 25 de Mayo de 1904, dirigida a las otras iglesias ortodoxas.

ESCRIBIENDO LA HISTORIA

a. prehistoria

Cuando en 1054 el Cardenal Humberto, legado pontificio en Constantinopla, excomulgó solemnemente al patriarca Miguel Cerulario y puso fin a las negociaciones entre Roma y Bizancio, no era la primera vez que los dos grandes bloques de la Iglesia se separaban por el Cisma. Desde el siglo VI asistimos a escisiones, pero siempre acababan en reconciliación. Muchos, por eso, creyeron que la ruptura de 1054 sería una más... Pero las Cruzadas encañaron las relaciones, en particular la cuarta Cruzada que terminó con la conquista de Constantinopla por los caballeros normandos, quienes implantaron a la fuerza un patriarcado latino.

En el siglo XIII se llevaron a cabo varios intentos de negociación, especialmente en 1254 entre el emperador Juan Vatatzes y el Papa Inocencio IV y más tarde el del II Concilio de Lión bajo Gregorio X. Pero, por desgracia, cuanto más distante quedaba la ruptura, mayor era la incompreensión por ambas partes. El Occidente no está más exento de reproches a este respecto que el Oriente, al empeñarse en mante-

ner como medio de poner fin al cisma la latinización de Oriente. Así, la formación en las regiones conquistadas de pequeños focos católicos de rito latino sólo sirvió para subrayar más la distinción entre católicos y cismáticos y acrecentar el odio.

Más tarde, cuando los turcos aumentaban su presión sobre Bizancio, los Orientales pedían auxilio a Occidente, proponiéndole la unión. Pero los Papas respondían que primero la unión y después el auxilio. En estas condiciones era imposible llegar a un acuerdo.

Un nuevo intento iniciado por el Concilio de Florencia de 1439 dio como resultado una esperanza de espejismo. El 5 de junio de dicho año, después que el Papa Eugenio IV hubo celebrado la misa, el arzobispo de Nicea, Besarion, y el cardenal Cesarini leyeron el acta de unión, el primero en griego y el segundo en latín... Pero la masa de clérigos y fieles bizantinos rehusaron seguir a los prelados unionistas. Las relaciones a partir de entonces se hicieron ya imposibles.

Setenta años después de la ocupación de Constantinopla por Mohamed II en mayo de 1453, la reforma protestante iniciada por Lutero y organizada por Calvino, se extendía por toda Europa. También en esta ocasión se esperó entablar conversaciones entre hermanos separados, pero ni el intercambio de puntos de vista entre teólogos, ni las transacciones políticas ni las batallas, dieron resultados positivos. Al día siguiente del Concilio de Trento la ruptura se confirmaba como definitiva.

A pesar de ello, a lo largo del siglo XVII, se intentaron diversos conatos de acercamiento. Por

ejemplo, entre el calvinista holandés Hugo Carotius y el cardenal Richelieu. Más importante, quizás, fueron las negociaciones entre Bossuet y el filósofo alemán Leibniz, en 1660. Sin embargo, es ya tarde. La reforma protestante tiene ya una personalidad propia y maciza.

A mediados del siglo XIX Ambrose Philips de Lisle, un converso católico, en unión con su amigo anglicano Frederic George Lee, funda la "Association for the Promotion of the Union of Christendom". Liga de oración para unir a todos los cristianos, que admitía entre sus miembros a católicos y anglicanos sin distinción. Pero una carta del Santo Oficio, dirigida a los obispos ingleses y fechada el 16 de septiembre de 1864, prohibía que los católicos participaran en la Asociación o entidades análogas.

b. edad antigua

Preámbulos del Vaticano I

Entramos en los umbrales del Vaticano I.

1864. Pío IX empieza a ocuparse del Vaticano I. Con este motivo, al mismo tiempo que envía una Bula, convocando el concilio, a todos los Obispos católicos, dirige una carta a los obispos de rito oriental, invitándoles a la reconciliación... Y, así, tomar parte en el Concilio que se celebraría en Roma.

Esta invitación fue mal acogida por los Obispos ortodoxos. Negación rotunda o silencio obstinado. Sin duda jugó un papel importante en esta actitud la desconfianza hacia Roma. Temían, fundamentalmente, una nueva política imperialis-

ta. De cualquier manera, este fracaso trajo la lección —como escribe F. de Wyles— de que la unión de las iglesias es una empresa que requiere gran esfuerzo y en la que ni los resultados ni las disposiciones pueden improvisarse. Antes es necesario restaurar la confianza mutua, mediante la **comprensión y simpatía** fraterna.

También Pío IX dirige una llamada a todos los protestantes. Una carta —tal vez fuera de contexto— que no podía vaticinar felices augurios. Escribe Pío IX:

“Así, pues, que todos aquellos que no poseen la verdad y la unidad de la Iglesia Católica, aprovechen la ocasión de este Concilio, (...) intenten salir de este estado en el cual no pueden estar seguros de su propia salvación”.

Y más abajo insiste:

“Por esta razón dirigimos esta carta a todos los cristianos separados de Nosotros, por la cual les exhortamos y les suplimos de nuevo, que vuelvan sin tardanza al único redil de Cristo. Porque deseamos vivamente su salvación en Cristo Jesús y tememos que un día tengamos que rendir cuentas a El como Juez Supremo, si no hemos intentado en lo posible, mostrarles el camino de su eterna salvación” (3).

Esta llamada a los protestantes sobra decir que fue acogida con hostilidad. Era natural. Las palabras de Pío IX están muy lejos —y atrás ya— de estas otras tomadas del documento sobre Ecuemenismo del Vaticano II:

“Los hermanos separados practican no pocos actos de cul-

to de la religión, los cuales, de varias formas, según la diversa condición de cada iglesia o comunidad, pueden, sin duda alguna, producir la vida de la gracia, y hay que confesar que son aptos para dejar abierto el acceso a la comunión de la salvación.

Por consiguiente, aunque creemos que las iglesias y comunidades separadas tienen sus defectos, no están desprovistas de sentido y de valor en el misterio de la salvación, porque el Espíritu de Cristo no rehuyó servirse de ellas como medio de salvación, cuya virtud deriva de la misma plenitud de gracia y de verdad que se confió a la Iglesia católica”.

(Decreto sobre Ecumenismo, n. 3).

No es necesario comentario alguno. Fácilmente nos explicamos hoy, a la luz del Vaticano II, que la invitación de Pío IX levantará susceptibilidades.

Comienzan los preparativos inmediatos del Vaticano I. Pío IX crea la Comisión para las misiones y las Iglesias de Rito Oriental, presidida por el Cardenal Barnabó, prefecto de la Propaganda, hombre activo y enérgico, pero de carácter imperioso. Contaba con 17 consultores, la mayoría procedentes de la Congregación de la Propaganda. Durante más de un año la Comisión se limitó a discutir, sin llegar a redactar ningún esquema preciso. Al final de 1869 Valerga, patriarca latino en Jerusalén, redactó un esbozo muy general sobre “la manera según la cual deberán ser tratadas en el futuro concilio las cuestiones relativas a las Iglesias Orientales”. Aunque la Comisión continuó tra-

bajando hasta mayo de 1870, sólo llegó a aportar al Concilio dos proyectos de esquemas: uno sobre los ritos, y el otro sobre el ministro extraordinario de la Confracción. Ambos elaborados con un acento muy latinizante y sobre todo juricista... El resultado final de esta Comisión fue negativo. No aportó nada para la discusión de los Padres Conciliares.

Vaticano I: un «no» al diálogo

Empiezan los debates sobre la introducción al esquema de la “Constitución de Fide Catholica”. Monseñor Strossmayer interviene sosteniendo ante los PP. Conciliares que, aunque el protestantismo y el subjetivismo, sean raíces de donde han surgido el racionalismo, el criticismo y otros errores fundamentales, no obstante no conviene olvidar que el germen del protestantismo y del racionalismo estaba ya latente en el humanismo y laxismo del siglo XV. Según él, estos errores que el esquema atribuye al protestantismo como causa última, han nacido fuera de su influencia, en el seno de un pueblo católico, en los tiempos de Voltaire y los enciclopedistas. Es más, ya en la época del Concilio de Nicea parecidos errores habían surgido dentro de la Escuela de Alejandría. Monseñor Strossmayer va más lejos aún, afirmando que existen entre los protestantes grandes espíritus que han combatido estas doctrinas, y han prestado así un gran servicio a la Iglesia. El orador se refiere, por ejemplo, a Leibniz y a Guizot, quien ha hefutado eficazmente a Renán y cuyo libro se atreve a recomendar a los Padres Conciliares. La Asamblea gesticula con signos de desaprobación.

—“Yo creo —son palabras de Strossmayer— que en medio de

los protestantes viven un gran número de hombres que en América, en Inglaterra, en Alemania, marchan tras las huellas de estos que acabo de nombrar (Leibniz, Guizot) y aman a N. S. Jesucristo. Ellos merecen así que se les aplique las palabras del gran Agustín: "ellos se equivocan pero de buena fe; ellos son heréticos, pero que nadie los tenga por tales".

Reprobación en la sala. Interviene entonces el Cardenal de Angelis como presidente:

—“Le suplico, Reverendísimo Padre, que no pronuncie palabras que escandalicen a nuestros Padres”.

Strossmayer continúa su discurso, teniendo como telón de fondo los murmullos de desaprobación de los Padres Conciliares. El Cardenal Capalti le hace observar que no se trata en el esquema de los protestantes, sino del protestantismo. Strossmayer contesta que, de todos modos, los argumentos aportados en favor de que el protestantismo es la causa de la incredulidad moderna, no son convincentes. Nuevos murmullos de desaprobación.

—“Ya termino. Pero ciertamente yo sé que hay muchas personas viviendo en medio de los protestantes que desearían de todo corazón que se quitara esto del esquema. (...) Yo sé que en el Concilio de Trento se trataron con la mayor reserva, la mayor prudencia y caridad, las cuestiones de los protestantes. (...) Y al término de la sesión del Concilio de Trento proclamó: “Si los protestantes hubieran venido a nosotros, noso-

tros los hubiéramos recibido con toda caridad y con nuestra mejor acogida; y, sin embargo, hemos tratado sus asuntos como si nosotros defendiéramos su causa y no la nuestra. Yo quisiera que ellos no...”

El Cardenal Capalti le interrumpe recordándole que el Papa Pío IX escribió una carta invitando a los protestantes; pero ellos no han querido aceptar.

—“Yo atribuyo todo esto a las tristes circunstancias de este concilio...”, contestó Strossmayer ahogado por el murmullo general de indignación. Intentó apelar, entonces, a la unanimidad moral como regla para aprobar dicho esquema. Pero los murmullos de indignación crecieron. Strossmayer protesta contra toda interrupción. Mas los Padres Conciliares poniéndose de pie gritaron:

—“Somos nosotros quienes protestamos”.

El Cardenal Presidente agita repetidamente la campanilla. Los Padres acompañan gritando:

—“Sí, que descienda, que descienda!”

Strossmayer se ve obligado a abandonar la tribuna. Al mismo tiempo se oyen voces de los Padres Conciliares: “No quiere la infalibilidad del Papa. ¿Acaso se cree él infalible...?” “¡Es lucifer! ¡Anatema! ¡Anatema!” “Es otro Lutero!” “¡Descienda! ¡Descienda!”...

Así quedó zanjada toda nueva posible discusión sobre los protestantes. Este debate es el espejo que refleja el ambiente de la épo-

ca del Vaticano I con respecto a nuestros hermanos separados. No hay por qué escandalizarse. Responde a un momento histórico para la Iglesia de agresividad, de defensa apologética, ... de inmadurez.

Así recobra hoy mayor fuerza y sentido aquella súplica de perdón que públicamente Pablo VI impetró de todos los hermanos separados:

“Con todo respeto nos dirigimos a los delegados de las comunidades separadas de la Iglesia católica, enviados como observadores a Participar en estas solemnes reuniones. Los saludamos de todo corazón. Le agradecemos su venida. (...)

Si en algo somos culpables de esta separación, pedimos perdón a Dios, y pedimos perdón a los mismos hermanos si se sienten ofendidos. Por nuestra parte estamos dispuestos a perdonar las ofensas inferidas a la Iglesia católica y a olvidar el dolor profundo producido por tan largas disensiones y separaciones” (4).

La época del Vaticano I no estaba preparada aún para unas relaciones horizontales. Todavía se respiraba una atmósfera de desconfianza, recelos y hostilidad... Y así era imposible entablar diálogo, sino sólo diatribas y monólogos. El Vaticano II se encontró, en cambio, con un mundo más abonado y abierto, donde las antiguas rencillas y excomuniones quedan relegadas a los museos de antigüedades.

“Se llegó hasta el punto—escribe Pablo VI en su carta apostólica “Ambulate in Dilectione”— de que los legados pontificios pronunciaron sentencia de excomunión contra Miguel

Cerulario, Patriarca de Constantinopla, y contra dos eclesiásticos, procediendo éste y su sínodo de igual forma contra aquéllos. Pero ahora, habiendo cambiado las circunstancias y también los corazones, (...) Así, pues, deseando dar un paso más en el camino del amor fraterno, por el que llegamos a la perfecta unidad, y destruir cuanto a ello se oponga y obstaculice, afirmamos ante los Obispos reunidos en el Concilio Vaticano II que lamentamos las palabras pronunciadas y los hechos realizados en aquel tiempo, que no pueden aprobarse. Además, queremos arrancar del recuerdo de la Iglesia y quitar de en medio aquella sentencia de excomunión, y, enterrada y anulada, relegarla al olvido”.

c. edad media

León XIII, un primer paso

Acaba el Concilio Vaticano I. Surge un nuevo Papa, León XIII, y con él un paso adelante. El problema de la unidad cristiana fue, sin duda, el tema fundamental de la carta que dirigió el 20 de junio de 1894 al Universo entero, con motivo de su jubileo episcopal. Una llamada a la unidad, dirigida primero a los paganos y después a los cristianos de toda confesión; y, entre estos, de un modo especial, se dirige a los Orientales, ya que, según él:

“La línea de demarcación entre ellos y nosotros no está muy acentuada; es más, el acuerdo es tan completo, excepto en algunos puntos que a menudo adoptamos razones y autoridades de sus doctrinas, costumbres y ritos de las Iglesias Orientales, para defender la fe católica...” (5).

Observamos aquí una diferencia esencial con respecto a Pío IX. León XIII no quiere insistir en los errores y diferencias, sino que acentúa los elementos de acercamiento... Aunque esta nueva actitud queda sólo muy tímidamente iniciada. El paso gigante no se dará hasta Juan XXIII. Recordemos el n. 3 de la Constitución sobre Ecumenismo:

"...Pero en tiempos sucesivos surgieron discrepancias mayores, separándose de la plena comunión de la Iglesia católica no pocas comunidades, a veces no sin responsabilidad de ambas partes. Pero los que ahora nacen y se nutren de la fe de Jesucristo dentro de las comunidades no pueden ser tenidos como responsables del pecado de secesión, y la Iglesia católica los abraza con fraterno respeto y amor..."

Como vemos León XIII inició el salto. Pero hasta el Vaticano II no se pudo salvar el muro que divide.

Años más tarde, León XIII en una carta, dirigida a los obispos católicos de América, los estimulaba a trabajar por la conversión de sus compatriotas cismáticos. En esta carta se puede observar una nueva actitud. No se trata ya de recordar a los cristianos separados su obligación de pedir perdón, sino de facilitarles este paso saliendo a su encuentro.

Un paso adelante iniciará el 11 de junio de 1895 en una carta especial dedicada a los Coptos de Egipto. En ella anima a los coptos católicos a que den ejemplo de unión y concordia, y a que preconicen en los disidentes lo que más tarde se llamaría método irénico: "vuestrós conciudadanos

disidentes se conmoverán ante el ejemplo y desearán más naturalmente la comunión católica con vosotros" (6).

Otra aportación importante de León XIII es la deslatinización. Tras el Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Jerusalén en 1893 el Cardenal Langénieux insistió al Papa en el error de querer imponer el rito latino, como sugerían en Roma, empujados por una falsa idea de unidad, concepción imperialista y colorizante. El Papa contesta con la encíclica "Orientalium dignitas" del 30 de noviembre de 1894:

"Para alejar las causas de discordia y desconfianza y para contribuir a la reconciliación con Nuestra más eficaz ayuda. A Nuestro parecer, lo más importante es aplicar Nuestra atención y Nuestros cuidados a la conservación de la disciplina particular de Oriente".

La Iglesia crece despacio

León XIII tiene una importancia capital en el movimiento ecuménico. El fue el primero que inició los pasos hacia el acercamiento, aunque todavía unos pasos cortos y tímidos a la luz de hoy, pero gigantes para su época infectada de prejuicios y recelos. Sus sucesores, especialmente Pío XI, no harán más que inspirarse en las ideas entrevistas por él.

Así Pío X enfocaba la cuestión de la unión de las Iglesias desde el punto de vista de los ritos,—según una concepción que perduraría hasta Juan XXIII en Roma:

"Para poner fin al cisma muy funesto que ha sido gran moti-

vo de pesar en Occidente, y ha causado graves prejuicios en Oriente" (7).

Estas palabras escritas por Pío X en 1970 demuestran que también para Roma la escisión era un problema "doloroso". Pero, al mismo tiempo, dan a entender que, lo que se designa actualmente con el nombre de "mentalidad ecuménica", se desconocía en aquel tiempo. El Cisma —pensaban— no perjudica más que a los Orientales; la Iglesia católica no ha sufrido de él ningún daño, sino tan sólo un gran "pesar".

En tiempos del Pontificado de Pío XI, tuvieron lugar las famosas Conversaciones de Malinas: conversaciones privadas entre católicos y anglicanos. Su objetivo no era entablar negociaciones, sino simplemente aprender a conocerse y a exponer libremente las posibilidades de un acuerdo o los motivos de divergencia. Aunque los participantes no habían recibido ningún mandato oficial de Roma ni de Canterbury, no obstante les tenían al corriente de sus entrevistas. Sin embargo, a partir de la cuarta conversación, Roma empezó a vacilar y estimó inoportuna su continuación. Mas tarde, en 1928, Pío XI publica la encíclica "Mortalium animos". En ella no sólo pondrá en guardia contra el movimiento "pancristiano", sino que llegará a prohibir a los católicos —explícitamente— toda participación en él. Con esta encíclica el movimiento de acercamiento iniciado sufrirá un fuerte frenazo, —y, tal vez, hasta retroceso. Recogemos a continuación algunos fragmentos de la encíclica que no necesitan comentario. Ellos hablan por sí mismos.

"es manifiesto que de ninguna manera la Santa Sede puede

participar en reuniones con ellos, y de ninguna manera le es permitido a los católicos colaborar (...)

Nadie ignora que Juan, el Apóstol de la caridad (...) había prohibido completamente que se tratase con los que confesasen una doctrina de Cristo, no íntegra e icorrupta: "Si alguno viene a vosotros y no trae esta doctrina, no le recibáis en casa ni le saludéis" (...)

Así, pues, Venerables hermanos, está claro por qué esta Sede Apostólica no dejó jamás que los suyos asistieran a reuniones con los no católicos; pues no es lícito fomentar la unión de los cristianos de otra manera que fomentando la vuelta de los disidentes a la única y verdadera Iglesia de Cristo, siendo así que en otro tiempo se apartaron desgraciadamente de ella (...)

Pues ni la Mística Esposa de Cristo se ha contaminado jamás con el decurso de los siglos, ni puede contaminarse, según testimonio de Cipriano: "No puede adulterarse la Esposa de Cristo, es incorrupta (...). Pues, siendo así que el cuerpo místico de Cristo, es decir, la Iglesia, es uno, compacto y unido, al modo de un cuerpo físico, necia y estúpidamente dirás que el cuerpo místico pueda constar de miembros separados y disidentes (...)".

Después de la última guerra mundial, Pío XII muestra un creciente interés por la unidad cristiana. Interés recogido no sólo en las mesas de teólogos sino también en los ambientes de la calle.

El 20 de Diciembre de 1949 sale a la luz una Instrucción del San-

to Oficio. En ella aparece el interés aportado por la Santa Sede hacia este movimiento de unidad que ocupa a la cristiandad de manera cada vez más exigente. En dicho documento se insiste en que la jerarquía debe conceder especial interés a este deseo de unidad, fruto del Espíritu Santo. Sobre todo, se ocupa de la organización de reuniones y conferencias entre católicos y no católicos. Lejos de desaprobado las iniciativas de los últimos años, estimula a los Obispos a que favorezcan aquéllas que ofrecen "la esperanza de un buen resultado". También juzga conveniente mostrarse menos hostiles respecto al Movimiento Ecuménico.

Sin duda este "Monitum de Motione Oecumenica" significa un paso más adelante ... Aunque —como afirma el teólogo reformado Visser't Hooft— todavía se nota en él que Roma no abandona su manera de concebir la unión: "como retorno de todos los cristianos a la Iglesia de Roma".

d. edad contemporánea. una nueva era

Comienza el pontificado de Juan XXIII. A los solos tres meses de su elección como Papa, el 25 de Enero de 1959, anuncia su resolución de convocar el Concilio Ecuménico Vaticano II, que sería "una invitación a los cristianos separados de Roma a volver a la unidad perdida".

Desde este momento el calendario ecuménico engrosa sus páginas. Apenas pasa una fecha, sin

que no haya que anotar algún hecho ecuménico importante. Bastenos recordar algunos muy de pasada, pues son tan significativos (y están aún tan recientes) que no necesitamos estudiarlos despacio. Además, a lo largo de este trabajo, hemos podido captar ya la nueva actitud ecuménica que ha nacido en el Vaticano II.

El 5 de Enero de 1960 Juan XXIII instituye el Secretariado para la unión de los cristianos, al frente del cual coloca al Cardenal Bea. El 2 de Diciembre el Dr. Fisher visita a Juan XXII. Entrevista que ha sido posible gracias a la actitud abierta y horizontal del Papa Bueno. Del 18 de Noviembre al 5 de Diciembre de 1961 se celebra la Asamblea del Consejo Mundial de las Iglesias en Nueva Delhi. A partir de 1962 se multiplican las entrevistas entre católicos y no católicos. El 11 de Octubre se inaugura el Concilio Vaticano II. El ambiente y la situación histórica es nuevo y radicalmente distinto, y posibilita la asistencia de observadores. El 24 de Diciembre de 1963 y concluye el debate sobre los tres primeros capítulos sobre Ecumenismo, etc., etc.

CONCLUSION

Podríamos seguir casi indefinidamente reseñando fechas y hechos importantes. Todos nos llevarían a lo mismo: La situación histórica ha cambiado. Con Juan XXIII la Iglesia ha entrado en una nueva era. Es la misma Iglesia de siempre, pero también de unas facciones más humanas y profundas. Más cristificada

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA :

AUBERT, Roger, *La Santa Sede y la Unión de las Iglesias*. Editorial Estela. Barcelona, 1959.

AUBERT, Roger, *Vatican I (Histoire des Conciles Oecuméniques)*. Editions de L'Orante, 1964.

GRANDERATH, *Histoire du Concile du Vatican*. Libraire Albert Dewit. Bruxelles. 1911.

NOTAS.

- (1) Decreto sobre la Formación de los Sacerdotes. Preámbulo.
- (2) NOLDIN, H., *Summa Theologiae Moralis*. Tomo II, pág. 124. Herder. Barcelona, 1951.
- (3) Carta Apostólica "Iam vos omnes", del 13 septiembre 1968.
- (4) Discurso de Pablo VI, al comenzar el segundo período del Concilio, 29 septiembre 1963.
- (5) Carta Apostólica "Praeclara gratulationis", del 20 de junio de 1894.
- (6) Carta Apostólica "Unitatis christianae", del 11 de junio de 1895.
- (7) Carta Apostólica "Ex quo" del 26 de diciembre de 1910.

"El escaso espíritu de cooperación, la subsistencia de relaciones de tipo señorial con los trabajadores, la débil iniciativa empresarial, el deficiente sentido del bien común, y el hecho de que no pocos sectores sociales se muestran excesivamente vulnerables a los incentivos del consumo, con graves perjuicios para sí mismos, para sus familias y aun para toda la sociedad, denotan globalmente una manifiesta atonía social y cívica, agravada por su deficiente formación en este aspecto y por la insuficiencia de los cauces de participación que faciliten el dinámico ejercicio de sus responsabilidades sociales y políticas".

(Del comunicado conjunto de los obispos de las Provincias Eclesiásticas de Sevilla y Granada sobre los Problemas de los trabajadores en Andalucía. Montilla 11-5-70)